

De la historia crítica a la memoria testimonial

Luis Fernando Bravo León*

Recibido: agosto del 2020

Aprobado: noviembre del 2020

Resumen

Esta indagación muestra en un ejercicio de hermenéutica textual la dialéctica del tiempo y de la acción en que los avatares de la memoria individual y colectiva se inscriben en las discusiones por el carácter de la huella, de la impronta, de la deuda, en el juego de lo pasivo y lo activo; de la memoria como el qué, el cómo y el quién recuerda en el horizonte antropológico del tiempo humano y de su configuración dinámica como espacio de experiencia y horizonte de expectativa. Es en la dinámica de la potencia del ser que el plano epistemológico se despliega en un metódico proceso de documentación, explicación-comprensión e interpretación y desemboca como función crítica de la historia; de allí se abre a las consecuencias éticas y políticas en las que se rompen los determinismos en una constante apertura del pasado por las esperanzas no realizadas de las generaciones anteriores y por las promesas que en el tiempo presente se pueden actualizar ampliando el espacio de experiencia y haciendo más efectivo el horizonte de expectativa y de proyección de los colectivos humanos intrínsecos a su condición histórica.

Palabras clave: memoria, historia, archivo, hermenéutica, testimonio.

Abstract

This inquiry shows in an exercise of textual hermeneutics the dialectic of time and action where the vicissitudes of individual and collective memory are inscribed in the discussions due to the character of the trace, of the imprint, of the debt, in the game of the passive and the active; of memory as the what, how and who remembers in the anthropological horizon of human time and its dynamic configuration as a space of experience and horizon of expectation. It is in the dynamics of the power of being that the epistemological plane unfolds in a methodical process of documentation, explanation-understanding and interpretation and ends as a critical function of history; From there it opens up to the ethical and political consequences where determinisms are broken in a constant opening of the past by the unrealized hopes of previous generations and by the promises that in the present time can be updated by expanding the space of experience and making more effective the horizon of expectation and projection of the human groups intrinsic to their historical condition.

Keywords: Memory, history, archive, hermeneutics, testimony.

* Filósofo. Magíster en Investigación Social Interdisciplinaria y candidato a doctor en Estudios Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Profesor de la Universidad Santo Tomás.

Introducción

En este ensayo pretendemos asumir el espacio de experiencia como “representancia” en el orden crítico de la memoria y la historia; el tono epistemológico nos orienta a descubrir el papel de la imaginación productiva, el papel de la historicidad y de la intratemporalidad como explicitaciones de la temporalidad de la memoria y de la historia. La capacidad metódica de la historia es capaz de instruir a la memoria y de limitar la *hybris* de esta. La documentación, la explicación y la escritura de la historia se inscriben en un proceso de interpretación transversal que evita las suspicacias sobre la veracidad de la memoria y de establecer la conjetura y la racionalidad de lo probable como eje de discusión epistemológica en la dialéctica entre memoria e historia.

Por ello, en principio, se hace necesario pensar la hermenéutica de la historicidad en Paul Ricoeur como un proceso de reflexión que nos permite reconocer la pretensión de dar cuenta de la temporalidad en el desarrollo de una antropología filosófica como *puissance d'agir* y de *pouvoir faire* (Cassaroti, 2008)¹, de tal manera que, desde el injerto de la fenomenología en la hermenéutica, pasando por la elaboración de una antropología filosófica hasta los textos que tematizan la relación entre relato y temporalidad, podamos pensar provisionalmente el problema del tiempo y la acción.

El panorama de la hermenéutica en Paul Ricoeur nos permite ubicar la intencionalidad de establecer la relación de la historia y la memoria con su especificidad epistemológica: “el referente último de la memoria sigue siendo el pasado, cualquiera que pueda ser la significación de la ‘paseidad’ del

pasado” (MHO, 2010, p. 23)². El tiempo y la acción en la relación de historia y memoria, en el contexto de este ensayo tienen un marco de discusión epistemológica en donde las representaciones y el obrar humano están intrínsecamente relacionados en el conocimiento de la historia,

las exposiciones más recientes de la historia de las representaciones se acercan, tanto como lo permite la posición objetiva de la historia, a nociones emparentadas con la de poder -poder hacer, poder narrar, poder imputarse el origen de las propias acciones-. El diálogo entre la historia de las representaciones y la hermenéutica del obrar aparecerá tanto más riguroso cuanto menos se haya franqueado el umbral del conocimiento histórico. (MHO, 2010, pp. 249-250)

La perspectiva crítica que se desarrolla en la segunda parte de *La memoria la historia y el olvido* pretende explorar las dimensiones epistemológicas de la historia a través del triple proceso de archivación, explicación-comprensión y escritura. Además, considera dos procesos gruesos de discusión: la representación, tanto como parte de la operación historiográfica como objeto del conocimiento histórico que se deriva en el concepto de representancia y la interpretación como proceso transversal y como parte del contrato entre el proceso de escritura y lectura³. Sin perder de vista la equiprimordialidad del tiempo, “la hermenéutica del ser histórico opone el situar la paseidad en perspectiva respecto a la ‘futuridad’ del presente y a la presencia del presente” (MHO, 2010, p. 458).

La segunda parte de la obra la memoria, la historia y el olvido, está consagrada al despliegue de la operación historiográfica como discusión

¹ En la obra de Eduardo Casarotti *Paul Ricoeur: una antropología del hombre capaz* (2008) se mantienen de manera indistinta las dos acepciones: potencia para actuar y poder hacer tratando de mostrar la amplitud y densidad del concepto.

² El texto que hemos seguido es la segunda edición de Trotta del 2010, traducción de Agustín Neira. Creíamos que difería de la primera del Fondo de Cultura Económica (2004), que resultó ser la misma, solo que por un problema de distribución una circularía en Europa y otra en América Latina, además de un conflicto comercial que sigue abierto. Obviamente, hemos confrontado la edición con el original francés *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (2000). En adelante la citaremos como MHO.

³ Este tema se discute en el tomo tres de *Tiempo y narración* (1999a) la diferencia está en establecer la discusión de la memoria y el olvido como procesos intermedios de la temporalidad y la narración que no fueron tematizados antes.

crítica de la historia. Solo con este recorrido es posible clarificar la pretensión de fidelidad de la memoria y de veracidad de la historia, además de las discusiones actuales por el papel memorial de la historia y de la ubicación de la memoria como objeto y matriz del conocimiento histórico. Este paso permite ser puente con la discusión por la condición histórica “a este respecto, todo ocurre en el paso de la filosofía crítica de la historia, como la profesada en el capítulo precedente de la presente obra, a la ontología de la historicidad o, como prefiero decir, de la condición histórica” (MHO, 2010, p. 465). Es en el plano de lo que “ha sido” propio de la memoria y no de lo que “ya no es” de la historia, que se da esta condición de historicidad y se despliega por la reflexión ontológica.

Las formas propias del tiempo histórico requieren esta confrontación entre memoria e historia. Cada una representa una manera de acceder a la temporalidad en una dialéctica que permite por un lado el milagro del reconocimiento en los ejercicios memoriales y por el otro la formación crítica del ciudadano por la labor epistemológica de la operación historiográfica, al decir de Ricoeur:

Pero una memoria sometida a la prueba crítica de la historia ya no puede pretender ser fiel sin pasar por la criba de la verdad. Y una historia, introducida de nuevo por la memoria en el movimiento de la dialéctica de la retrospectiva y del proyecto, tampoco puede separar la verdad de la fidelidad vinculada después de todo a las promesas incumplidas del pasado, pues tenemos primordialmente una deuda que saldar con ellas. (Ricoeur, 1999b, p. 52)

Para desarrollar esta multiplicidad de dimensiones hermenéuticas del tiempo histórico hemos dividido este ensayo en cinco apartados. El primero se dedica a la fenomenología de la memoria, el segundo al testimonio, el tercero se refiere a la relación entre representación y representancia en la dialéctica de la historia y de la memoria; el cuarto está dirigido a dilucidar la reefectuación y la repetición en la historia como apertura y ruptura del fatalismo y el último vuelve al tema del testimonio, pero en relación con el testigo y asume el

problema de la historia del tiempo presente y de los sobrevivientes.

Fenomenología de la memoria

Esta fenomenología que dirime la primera parte del texto permite establecer la polaridad entre el qué y el quién, en una indagación que sortea las aporías de la memoria frente a la imagen, entre el uso y el abuso y la relación entre memoria personal y memoria colectiva. “El momento del paso a la pregunta ‘¿qué?’ a la pregunta ‘¿quién?’ se retrasará por un desdoblamiento significativo de la primera pregunta entre un aspecto propiamente significativo y otro pragmático” (MHO, 2010, p. 20) esta polaridad permite trazar los derroteros de una memoria considerada semánticamente y otra desde el hacer pragmático para establecer la pertinencia de una memoria colectiva. Fenomenología que realiza la incursión en los aspectos más subjetivos a los más colectivos. Para ello, Ricoeur establece la relación de la memoria con la imaginación y sus aporías, con la identidad personal, los usos y abusos de la memoria.

Para lograr este recorrido fenomenológico es necesario remontarse a las metáforas fundacionales de los estudios de la memoria, así de la semántica propia y de las aporías que resolver entre la afección como recepción pasiva y de la recordación como acción de recordar:

es instructiva la historia de las nociones y de las palabras: los griegos tenían dos palabras, *mneme* y *anamnesis*, para designar, por una parte, el recuerdo como que aparece, algo pasivo en definitiva, hasta el punto de caracterizar como afección —*pathos*— su llegada a la mente, y por otra parte, el recuerdo como objeto de búsqueda llamada, de ordinario, rememoración, recolección. (MHO, 2010, p. 20)

Este ejercicio no es meramente un recurso de autoridad, se trata de liberar la discusión del paradigma de la huella, es decir, del pasado cerrado y acabado. Introducir la “deuda” requiere un acceso más directo a la historicidad al proyecto como apertura del horizonte temporal de los vivos de antes.

Sin embargo, la idea de huella acompañará las reflexiones de tiempo y narración. En el texto *La lectura del tiempo pasado* producto del curso dictado en Madrid⁴, se señala que no se puede resolver la aporía sin vincular siempre a la memoria el problema de la imaginación “la asociación de la imagen y del recuerdo es usual e inevitable, pero al mismo tiempo puede conducir a error” (Ricoeur, 1999b, p. 25).

La paulatina discusión sobre la imaginación y su relación con el modelo opaca la memoria y la focaliza en la discusión sobre el engaño, sobre si es posible el no ser, pero siempre la resolución de esta aporía está en el carácter temporal de la memoria:

la idea guía es la diferencia, que podemos llamar eidética, entre dos objetivos, dos intencionalidades: uno, el de la imaginación, dirigida a lo fantástico, la ficción, lo irreal, lo posible, lo utópico; otro, el de la memoria, hacia la realidad anterior, ya que la anterioridad constituye la manera temporal por excelencia de la “cosa recordada”, de lo “recordado” en cuanto tal. (MHO, 2010, p. 22)

En la discusión que se presenta está clara la dirección del problema, la de la imaginación, el fantasma y el error de la sofística y el que Aristóteles pone en juego la anterioridad de lo recordado. “Mi investigación va a desarrollarse entre el polo de la memoria, en cuanto ente del tiempo y el del olvido, en cuanto obra del tiempo destructor” (Ricoeur, 1999, p. 13), énfasis que es lo suficientemente claro en el curso dictado en Madrid. Esta relación nos avocará más adelante en la segunda parte a dirimir la discusión entre la falibilidad de la memoria y la veracidad de la historia.

Siguiendo la senda abierta por Maurice Halbwachs (2004) Ricoeur plantea la necesidad de superar las aporías de la memoria individual y la referencia a la “escuela de la interioridad” como recuerdos exclusivos del individuo para establecer que “gracias a esta traslación analógica,

estamos autorizados a emplear la primera persona en la forma plural y a atribuir a un nosotros —cualquier sea su titular— todas las prerrogativas de la memoria: su carácter de mía, continuidad, polaridad pasado futuro” (MHO, 2010, p. 157). En consecuencia, la derivación política de la memoria será más expedita. Los fenómenos del uso y el abuso de la memoria serán seguidos en esta línea de reflexión “nuestros recuerdos se encuentran inscritos en relatos colectivos que, a su vez, son reforzados mediante conmemoraciones y celebraciones públicas de los acontecimientos destacados de los que dependió el curso de la historia de los grupos a los que pertenecemos” (Ricoeur, 1999b, p. 17).

La temporalidad definirá el hilo conductor de esta fenomenología

la primera cuestión planteada es la de la cosa de la que uno se acuerda; es en esta ocasión cuando se pronuncia la frase clave que acompaña toda mi investigación: “La memoria es del pasado” (449 b). Es el contraste con el futuro de la conjetura y de la espera y con el presente de la sensación (o percepción) el que impone esta caracterización capital. (MHO, 2010, p. 34)

El tiempo pasado, el espacio de experiencia, la tradición, las vivencias, las identidades personales y comunitarias estarán en el horizonte de esta indagación.

En contra de la polisemia que, a primera vista, parece a propósito para quitar la idea de cualquier intento, incluso modesto, de ordenar el campo semántico designado por el término de memoria, es posible esbozar una fenomenología fragmentada, pero no radicalmente dispersa, cuya relación con el tiempo sigue siendo el último y único hilo conductor. (MHO, 2010, p. 41)

De esta manera, la fenomenología del recuerdo, de la marca de la identidad individual da paso en esta unidad temporal a los fenómenos de la capacidad, de la potencia y del lugar teórico desde donde abordar la memoria en sus dimensiones colectivas, pero también políticas, traumáticas y de representación social.

⁴ Este curso se realizó en la Universidad Autónoma de Madrid en noviembre de 1996. En él encontramos la anticipación y la estructura fundamental de *La memoria, la historia y el olvido*. Se publicó luego como *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido* (1999).

La capacidad y el poder de recuerdo de la impronta como pasividad a la rememoración como *anamnesis* nos llevan por las experiencias de mnemotecnica como exacerbación e instrumentalización de la memoria a las posibilidades “de este modo se pasa de la metáfora, en apariencia pasiva, de la impronta dejada por un sello a una metáfora en la que se recalca la definición del saber en términos de poder o capacidad” (MHO, 2010, p. 27). De la falibilidad de la existencia a la afirmación de la capacidad nos enfrentamos a la memoria hábito propio de los aprendizajes automáticos y la memoria recuerdo con actualización de poder traer el pasado al presente. Es decir que la fenomenología practicada por Ricoeur se tensiona entre las versiones más funcionales de la memoria y las más indeterminadas, así:

pero los conceptos de trabajo que suman la interpretación y rigen la ordenación de los conceptos temáticos que se propondrán aquí, escapan al control del sentido al que querría responder una reflexión total. Los fenómenos de memoria, tan próximos a lo que somos, oponen, más que otros, la más obstinada de las resistencias a la *hybris* de la reflexión total. (MHO, 2010, p. 44)

Además de esta búsqueda por los recovecos bergsonianos de la imagen recuerdo y de la relación entre ficción y alucinación nos adentramos en los elementos de la memoria artificial y su abuso a los fenómenos de la memoria impedida “el paciente ‘no reproduce (el hecho olvidado) en forma de recuerdo sino en forma de acción: lo repite sin saber evidentemente que lo repite” (MHO, 2010, p. 98). Por ello, plantea Ricoeur una de sus ideas más llamativas “es la constitución bipolar de la identidad personal y de la identidad comunitaria la que justifica, en último término, la extensión del análisis freudiano del duelo al traumatismo de la identidad colectiva” (MHO, 2010, p. 108). En la línea de la analogía de la primera y de la tercera persona, así como el trabajo de duelo es factible a nivel individual, Ricoeur plantea la necesidad del duelo colectivo para superar las heridas y los traumatismos de las violencias pasadas con toda su carga de inhibición para la acción.

En el orden práctico de la manipulación de la memoria el problema de la identidad concita las reflexiones más políticas sobre la memoria. Esto es que en el orden de la identidad colectiva y de la ideología

hay que citar como primera causa de la fragilidad de la identidad su difícil relación con el tiempo; dificultad primaria que justifica precisamente el recurso a la memoria, en cuanto componente temporal de la identidad, en unión con la evaluación del presente y la proyección del futuro. (MHO, 2010, p. 111)

Así la identidad también señala la confrontación con el otro como “segunda causa de fragilidad: la confrontación con el otro, sentida como una amenaza” (MHO, 2010, p. 112).

La ideología permite una serie de efectos: “recorridos de arriba abajo, desde la superficie al interior, estos efectos son sucesivamente de distorsión de la realidad, de legitimación del sistema del poder, de integración del mundo común por medio de sistemas simbólicos inmanentes a la acción” (MHO, 2010, p. 113). En el primero se trata de la distorsión de la realidad aquello que Marx planteaba como la imagen invertida, en el segundo como justificación y legitimación del poder y del dominio siguiendo a Max Weber, y en el tercero como integración de la vida en común según Geertz por ello es:

en el plano más profundo, el de las mediaciones simbólicas de la acción, la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa. Y como la configuración de la trama de los personajes del relato se realiza al mismo tiempo que la historia narrada, la configuración contribuye a modelar la identidad de los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la propia acción. (MHO, 2010, p. 116)

Los sistemas simbólicos dan pie a la justificación del orden, por ello en una semiótica de la vida práctica dice Ricoeur: “hasta el tirano necesita de un retórico, un sofista, para proporcionar un intermediario a su empresa de seducción e intimidación” (MHO, 2010, p. 116). Es entonces en las polaridades de la existencia social y de la

identidad personal en donde se halla los caminos seguidos en esta fenomenología de la memoria.

La existencia continuada, con su amenaza de partición interna, tiende entonces a anticiparse a la conciencia: pero es la existencia continuada la que, en último análisis, “crea la identidad”. Una filosofía de la vida toma forma bajo la filosofía de la conciencia en la articulación de la identidad del hombre y de la del sí. (MHO, 2010, p. 141)

Entre la fenomenología y la sociología se debate la relación entre memoria personal y colectiva, Ricoeur reprocha a Hawlbachs el mantener la discusión en el plano de la sensibilidad sin percatarse del carácter pragmático de la memoria

acordarse, dijimos, es hacer algo; es declarar que vimos, hicimos, adquirimos esto o aquello. Y este “hacer memoria” se inscribe en una exploración práctica del mundo, de iniciativa corporal y mental que hacen de nosotros sujetos actuantes. Por tanto, el recuerdo vuelve en un presente más rico que el de la intuición sensible, en un presente de iniciativa. (MHO, 2010, p. 163)

El sujeto sociológico de la memoria colectiva se da en el marco de la construcción del tiempo humano que se desarrolla en un concepto biológico de sucesión de generaciones, del tiempo calendario y la constitución de los archivos. “No se debe entrar en el campo de la historia únicamente con la hipótesis de la polaridad ente memoria individual y memoria colectiva, sino con la de triple atribución de la memoria: así, a los próximos, a los otros” (MHO, 2010, p. 173). La pluralidad como referente se inscribe en la dinámica de la alteridad. En este tercer tiempo la construcción de las consecuencias de la memoria es clara en Ricoeur:

trato de la “la sucesión de las generaciones” en el marco de los conectores que garantizan la transición entre el tiempo fenomenológico y el tercer tiempo de historia, entre tiempo mortal y tiempo público. La simple “sustitución” de las generaciones es un fenómeno propio de la biología humana. En cambio, la sociología comprensiva de Dilthey extrae los rasgos cualitativos del fenómeno de “sucesión” (*folge*) del vínculo generacional. (MHO, 2010, p. 170)

También la relación con el espacio es una construcción en donde habitar es la apropiación del espacio antropológico como experiencia del existir,

así, la correlación entre habitar y construir se produce un tercer espacio -si se quiere adoptar un concepto paralelo al de tercer tiempo que yo propongo para el tiempo de la historia, al corresponder las localidades espaciales a las fechas del calendario. (MHO, 2010, pp. 195-196)

Relato y narración se describen como función activa de la lectura y de refiguración del lector como interpretación del mundo que se abre en él así:

el acto de construir se da como equivalente espacial de la configuración narrativa mediante la construcción de la trama; del relato al edificio: es la misma intención de coherencia interna en la inteligencia del narrador y del constructor. Finalmente, el habitar, que resulta del construir, era tenido por el equivalente de la “refiguración” que, en el orden de la narración, se produce en la lectura: el habitante, como el lector, acoge el construir con sus esperas y también con sus resistencias y sus contestaciones. (MHO, 2010, p. 196)

Habítamos los recuerdos, esperamos en sus constancias y en sus esperanzas. Construir la memoria tendría la misma dimensión del artesano constructor con sus tramas de sentido y por los recovecos del espacio figurado, configurado y refigurado. Reflexión que da pie a establecer las posibilidades del testimonio como atestación de sí mismo en la dialéctica del olvido y el perdón como profundidad de la culpa y la altura de la novedad como inicio y olvido.

El testimonio

La discusión sobre el papel del testimonio tiene dos direcciones, una hacia la pregunta epistemológica sobre la relación entre verdad y fidelidad que la desarrollaremos en otro contexto, y la otra sobre el papel del testimonio como acto y la implicación de hacerlo en el presente como presencia y declaración. “El testimonio en tanto que relato se encuentra así en una posición intermedia entre una constatación hecha por un sujeto y una creencia asumida por otro sujeto sobre la fe del

testimonio del primero” (Ricoeur, 2008, p. 112). Al problema de la huella añade el de la prueba retórica de lo dicho, el testigo cuenta lo que ha visto y requiere ser creído.

Es el ámbito de la verificable como lo probable más allá de la exactitud en el ámbito de la *praxis* en que poética, hermenéutica y retórica se mezclan, “hubo retórica porque hubo elocuencia, elocuencia pública” (Ricoeur, 2001, p. 34). La discursividad recorre el espectro de la vida cotidiana y no se reduce a la intención filosófica de búsqueda de verdad, sino a la relación con el poder en el orden de lo político, de tal manera que prueba, composición y persuasión dan cuenta del proceso de argumentación inscrito en los discursos. “[...] toda la ambición de Aristóteles era estabilizar la retórica en medio entre lógica y sofística, a favor del vínculo entre lo persuasivo y lo verosímil en el sentido de probable” (Ricoeur, 2000, p. 343).

De esta manera, el carácter fiduciario del testimonio es la memoria plural y pública con la que trabaja el historiador, a él corresponde cotejar las versiones, por ello afirma Ricoeur: “el testimonio constituye la estructura fundamental de transición entre la memoria y la historia” (MHO, 2010, p. 41). Además de establecer un proceso metódico como acceso crítico “con el testimonio se abre un proceso epistemológico que parte de la memoria declarada, pasa por el archivo y los documentos, y termina en la prueba documental” (MHO, 2010, p. 210).

En Ricoeur, la atestación de sí y la estabilización del vínculo social se instituye es un proceso que permite entender que

la actividad de testimoniar, entendida de este lado de la bifurcación entre su uso judicial y su uso historiográfico, revela entonces la misma amplitud y el mismo alcance que la de narrar en virtud del claro parentesco entre las dos actividades, a la que habrá que añadir enseguida el acto de prometer, cuyo parentesco con el testimonio permanece más oculto. (MHO, 2010, pp. 212-213)

Unida al carácter dialogal y narrativo está la permanencia en el tiempo a través de la promesa. Además, se abre el problema de la recepción de

la tradición y la manera como los efectos de la historia se dan en una dimensión de espacio de experiencia. Es por ello que “la historia puede ampliar, completar, corregir, hasta refutar el testimonio de la memoria, pero no lo puede abolir” (Ricoeur, 2000, p. 647). Lo que precede la posibilidad de ampliar la experiencia y el horizonte de espera a través del trabajo del testimonio de los colectivos en la dinámica de establecer un espacio de experiencia más incierto y un horizonte de espera más eficaz

aquí subrayaremos los rasgos por los que el archivo constituye una ruptura respecto al rumor del testimonio oral. Pasa al primer plano la iniciativa de la persona física y moral que intenta preservar las huellas de su propia actividad; esta iniciativa inaugura el acto de hacer historia. (MHO, 2010, p. 221)

Será el privilegio de la iniciativa y la fuerza plástica de la vida que se concibe en el horizonte de las posibilidades y de lo probable.

Pasado: representancia y dialéctica de la representación

Es en el pasado donde se sitúa la transición entre una fenomenología de la memoria con sus dos problemas: el de la presencia de lo ausente y el de la anterioridad como búsqueda del recuerdo y una hermenéutica del tiempo histórico. La base de este recorrido es la de la representación del pasado tanto como operación y, por otro lado, como objeto hacia el lugar de la representancia como espacio abierto e inacabado del recuerdo. De allí que la dialéctica entre memoria e historia se realiza como la pretensión de fidelidad de la primera y de verdad en la segunda.

El problema de la representación del pasado por los historiadores puede enunciarse en términos de un pacto tácito que se establece entre el lector del texto histórico y el autor. El primero espera que se le proponga un “relato verdadero” y no una ficción. El segundo tiene entre manos el problema de saber si la escritura de la historia puede respetar ese

pacto, cómo puede hacerlo y hasta qué punto. (Ricoeur, 2000, p. 3)⁵

A diferencia de *Tiempo y narración*, en donde se realiza una filosofía del tiempo en la memoria la historia y el olvido el marco de referencia será una filosofía de la historia, si la *representancia* nos permite ver a partir de la huella al pasado tal como realmente sucedió, solo la *deuda* nos liga afectivamente con él (Lythgoe, 2016, p. 12). La diferencia está en el concepto de huella y su papel como conector causal del tiempo vivencial y del tiempo cósmico. En la memoria la historia y el olvido la deuda reemplaza este papel y asegura la derivación ética y política de la relación entre tiempo y acción en un proceso integrativo con sus específicas consecuencias políticas, que el problema de la representación, que es la cruz del historiador, se encuentra ya establecido en el plano de la memoria e incluso recibe allí una solución limitada y precaria que no será posible traspasar al plano de la historia (Ricoeur, 2000, p. 3).

La representación en sus múltiples desarrollos como operación, objeto y como imaginación productiva permite salir de la aporía de la imagen de lo ausente que se debate entre la ficción, el engaño y la ilusión. El pasaje crítico por la historia garantiza la referencialidad en su inteligibilidad y visibilidad,

el recurso al concepto de representación, empero, permite volver comparables el abordaje que la memoria y la historia hacen del pasado. Esta estrategia pone de manifiesto la existencia de una complementariedad entre ambos modos de vincularse al pasado: la representación mnémica tiene un vínculo directo con la afección pasada inicial, pero no puede garantizar su adecuación, en tanto la representación histórica carece de este vínculo, pero posee elementos para garantizar la verdad de lo representado.

5 El artículo "Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado", dedicado a la memoria de François Furet, reproduce el texto pronunciado en París el 13 de junio del 2000, en el marco de la 22 Conferencia Marc Bloch, bajo los auspicios de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales; presentado por Ricoeur se constituye en la continuación de diálogo de los historiadores franceses antes de la aparición de *La memoria, la historia y el olvido* en septiembre del 2000.

El filósofo observa que a pesar de todas las diferencias es posible reconstruir el problema de la articulación entre memoria e historia apoyándose en una aporía común, a saber, la de la *representación* en tanto imagen presente de una cosa que tuvo una existencia pasada. (Lythgoe, 2012, p. 384)

Por ello el desarrollo de la representación historiadora será el colofón de esta discusión que se enmarca en un proceso que Ricoeur resume en la 22 Conferencia March Bloch del 2000:

la investigación en historia reemplaza el recordar mnemónico; abarca, por lo tanto, el conjunto de las operaciones historiográficas en el largo trayecto desplegado de la fase documental a la fase escrituraria. Al final de este recorrido es cuando se plantea en toda su problemática el tema de la representación por los historiadores, a la cual propongo desde ya darle el nombre de representancia, para destacar su aspecto militante e inconcluso, en vez de y en lugar del esquivo reconocimiento mnemónico. (p. 11)

La pragmática del recuerdo, el ejercicio del recuerdo, la anamnesis nos coloca en la acción como forma de objetivar el tiempo como en el cono invertido de Bergson en donde la variedad de imágenes se decanta en una epifanía del reconocimiento, es decir, más allá de la pretensión positivista del conocimiento histórico. En el gesto de archivación se concreta una mutua relación de espacio y tiempo como condiciones de la sensibilidad que permiten pasar de la mera sensación de los objetos de conocimiento. Se trata de ubicar las condiciones epistemológicas del conocimiento de la historia entre el espacio habitado y el tiempo histórico:

se reconoce aquí una situación paralela a la que da origen a la *Estética trascendental* kantiana que asocia el destino del espacio al del tiempo: el espacio en el que se desplazan los protagonistas de una historia narrada y el tiempo en el que se desarrollan los acontecimientos narrados, cambian conjuntamente del signo al pasar de la historia a la historiografía. (MHO, 2010, p. 193)

En la experiencia de la memoria se inicia el proceso del conocer, pero no es cualquier espacio ni cualquier tiempo. Es el espacio de la exterioridad

de la escritura como espacio de vivencia y del cuerpo como habitación, de la geografía como territorio construido. Emplazamiento y desplazamiento de la experiencia que se inscribe en lo material y del tiempo histórico como duración equivalencia de habitar e historizar.

Reflexión que anticipa la idea de variedad de escalas: del cuerpo al Mediterráneo (Braudel), del espacio vivido a la geometría, a la geografía y de ella a la economía como sistema. Así mismo, le corresponde un tiempo vivido, un tiempo histórico y un tiempo cósmico. Razón de establecer las diferencias entre cronosofía, cronología y cronometría, en relación con los ciclos, las generaciones, los acontecimientos. Del acontecimiento a la estructura; de los cortos tiempos a los largos tiempos.

En este orden de ideas, la memoria archivada se hace documento, juega como objeto de preguntas y de hipótesis que el historiador realiza en un proceso de indagación en la que

no solo se trata de resistir, cuando se hable más tarde de la explicación y de la representación, a la tentación de disolver el hecho histórico en la narración y ésta en una composición literaria indiscernible de la ficción, sino también hay que rechazar la confusión inicial entre hecho histórico y acontecimiento real rememorado. (MHO, 2010, p. 235)

Es decir, en el juego de la escritura el hecho es el contenido de un proceso de representación que no es solo ficcionalización, se trata entonces de un realismo crítico que permite mantener el orden de la referencialidad pero en la distancia por la anterioridad temporal del acontecimiento. “Solo la historia posee los elementos críticos necesarios para contrastar las representaciones del acontecimiento con los trazos que quedan de él. Este elemento crítico surge de una distancia, una brecha, entre el acontecimiento y la representación histórica” (Lythgoe, 2011, p. 385).

De manera explícita, las representaciones permiten un objeto y un método. Como objeto parte de las mentalidades y se concretan a través de los “maestros del rigor” en un nuevo objeto de la historia que da cuenta del tiempo en la manera

como se construye el vínculo social y el cambio social, por ello, dice Ricoeur: “propongo constatar el tipo de inteligibilidad propia de la explicación/compreensión con una clase de objetos de la operación historiográfica, a saber, las representaciones” (MHO, 2010, p. 246). Sobre el juego de escalas afirma:

nos detendremos especialmente en la conexión entre la operatividad de las representaciones y las diferentes clases de escalas aplicables a los fenómenos sociales: escala de eficacia y de coerción, escala de prestigio en la estima pública, escala de las duraciones ajustadas. (MHO, 2010, p. 248)

En contraposición a la escuela de los Anales se encuentra la de microhistoria (Ginzburg) que junto a la reflexión de Michel de Certeau, Michel Foucault y Norbert Elias permiten a Ricoeur complejizar la idea de representación desde las discusiones de la fenomenología de la memoria a la representación como objeto y operación. Las escalas muestran diversas perspectivas del cambio en la historia y de los modos de configuración del vínculo social desde la coerción pasando por la legitimación a los aspectos más cualitativos de los tiempos sociales.

La representación historiadora nos introduce en la discusión de la representancia como concepto que desde la historia y la narración permite a Ricoeur establecer el doble papel crítico de la historia, el de limitar su propensión a un saber absoluto y el de asegurar el carácter objetivo de la historia como ciencia humana.

La correlación fundamental [entre representación mnemónica y representación histórica] impone al examen una modificación terminológica decisiva: la representación literaria o escrituraria deberá dejarse leer, en última instancia, como “representancia”, ya que la variación terminológica propuesta subraya no solo el carácter activo de la operación histórica, sino el objetivo intencional que hace de la historia la heredera erudita de la memoria y de su aporía fundadora. Así se recalcará con fuerza el hecho de que la representación en el plano histórico no se limita a conferir un ropaje verbal aun discurso cuya coherencia sería completa antes de su entrada en la literatura, sino que constituye una

operación de pleno derecho que tiene el privilegio de hacer emerger el objetivo referencial del discurso histórico. (Lythgoe, 2015, p. 35)

El concepto de representancia reúne todas las variaciones, las expectativas, del pacto entre quien escribe y quien lee. El pacto se basa en la expectativa diferenciada entre leer ficciones que son verosímiles a leer historia en donde se espera el relato de acontecimientos que realmente pasaron, pacto que se refiere al modo como se escribe, como se relaciona narración, configuración y refiguración de la realidad por ello:

esta noción de “representancia” encierra la idea de que la historia es a la vez representación similar, residual e hiperbólica de la realidad, en fin, se refiere a un proceso, a una práctica de representación que es la contracción antinómica de las representaciones precitadas y que da forma a una representación de la realidad disímil o metamórfica. (Lythgoe, 2011, p. 303)

La representancia tiene una historia contenida en el papel político de sustitución y simulación del soberano, esta lugartenencia en el plano temporal se asume como suplencia del pasado en un proceso que no termina, sino que se da el horizonte de la actualización hermenéutica de los mundos otros referidos como habiendo sido,

la idea contenida en esta palabra es a la vez la de una suplencia y la de una aproximación. Suplencia, como en el término latino *representatio* aplicado en la época helenística y luego bizantina a la función del personaje habilitado para simular la presencia del soberano ausente; la misma idea de función vicaria, lugartenencia, se encuentra en el alemán *Vertretung*, en el inglés *representative* y, después de todo, también en la expresión francesa; *représentants du peuple* y *représentation nationale*. Función vicaria, por consiguiente, completada por la de aproximación, de blanco: es el aspecto pretensión de la intención, pero pretensión de adelantarse, avanzar. (Ricoeur, 2000, p. 25)

No como referencia exacta de lo que pasó sino como deuda que obliga y como función ética y política de los otros en el tiempo pasado que requieren de rescritura y de traducción como lugar

de hospitalidad de las promesas no cumplidas y de las experiencias en la construcción del vínculo social y de su cambio. Por ello, en la misma construcción de la representación historiadora papel de juez se refleja en lo que Ricoeur plantea: “de este modo, los hechos pasados sólo son representados bajo la calificación delictiva elegida previamente al proceso propiamente dicho. Son representados en el presente bajo el horizonte del efecto social futuro de la sentencia que resolverá el caso” (MHO, 2010, p. 424). Es el peso de la prueba y de su función instructiva y crítica que a diferencia del juez no dicta sentencia final, sino que se abre a nuevas interpretaciones.

Es el historiador como ciudadano y como sujeto a los efectos de la historia que puede cumplir con el pacto de lectura del lector en la relación de representancia de una obra como mundo, del texto en el que las posibilidades se abren más allá de la referencialidad anclada en la huella hacia el peso ético de la deuda que obliga y que tiene consecuencias políticas en la apertura de la fatalidad, por ello, afirma Ricoeur:

el conocimiento histórico exige la correlación entre subjetividad y objetividad en la medida en que pone en relación, por iniciativa del historiador, el pasado de los hombres de otro tiempo y el presente de los de hoy. La intervención del historiador no es parasitaria sino constitutiva del modo de conocimiento histórico. (MHO, 2010, p. 444)

En pacto de la lectura enunciado arriba, los modelos y las categorías temporales de la historia en los análisis de Kosselleck, nos ubican en cuanto representación en la interrelación de los tiempos y su equiprimordialidad, por cuanto la interpretación se realiza en la condición de historicidad que comparten tanto lector como autor “En Kosselleck, el pasado —la cualidad pasada del pasado, la ‘paseidad’— no se comprende en su constitución distinta más que acoplada a la cualidad futura del futuro y a la cualidad presente del presente” (MHO, 2010, p. 457). En la relación de memoria e historia, la paseidad da pie al problema de la representación, solo que es la memoria como una experiencia anterior que no puede ser

referenciada en su totalidad pero sí puede ser reconocida como un pequeño milagro, en la historia el asunto pasa por los grados de representación como objeto y operación en un ejercicio de reconstrucción crítica del pasado. “El relato entraña por necesidad una dimensión selectiva. Entramos en contacto aquí con la estrecha relación que existe entre memoria declarativa, narratividad, testimonio, representación figurada del pasado histórico” (MHO, 2010, p. 581). Así, la representancia como horizonte abierto de interpretación y como categoría epistemológica se complementa con la deuda como condición ontológica y que en la vía larga de Ricoeur se distancia de los análisis de Heidegger:

en la medida en que la representancia eleva al plano de la epistemología de la operación historiográfica el enigma de la representación presente del pasado ausente que, se ha dicho muchas veces, constituye el enigma primario del fenómeno mnemónico. Pero *El ser y el tiempo* ignora el problema de la memoria y solo toca de manera episódica el del olvido. (MHO, 2010, p. 478)

Camino que asume la muerte no como la inautenticidad de la preocupación sino como deuda de las generaciones anteriores y como posibilidad abierta de ser en la indeterminación de las experiencias del pasado y del futuro más determinado por la acción colectiva de los pueblos y las comunidades históricas, hacia posibilidades menos fatalistas de otros sentidos de los hechos del pasado y de entender las diferentes escalas en su variedad como ampliación de la comprensión de la complejidad de los modos de ser y hacer historia y de construir los vínculos sociales en su cambio temporal por ello señala Ricoeur:

gracias a la conexión con las interacciones del campo social, este uso del concepto de representación para designar las creencias y normas que confieren una articulación simbólica a la constitución del lazo social y a la formación de las identidades se vuelve específico. A este respecto, se puede hablar de práctica de la representación, lo que permite extender los beneficios de la noción de juego de escalas antes mencionadas al campo simbólico de la acción. (Ricoeur, 2000, p. 18)

Las consideraciones de la acción en sus dimensiones simbólicas como representancia nos permiten establecer las discusiones del ámbito escritural como las relaciones de interpretación entre el mundo-texto, la narración y la retórica.

La historia como reefectuación y repetición

En los análisis que Ricoeur le dedica a Heidegger el tema central será el de la deuda y la cooriginariedad de la historicidad y la intratemporalidad. La deuda se constituye en la manera como lo que “ya no” es se desdobra en lo que “ha sido”, es decir, en los efectos que la representación mnémica establece a diferencia de la representación histórica de lo que ya no es. La deuda obliga por las expectativas y promesas de los vivos del pasado, los hechos están cerrados pero su sentido está abierto. Con respecto al carácter derivado de la historicidad y la intratemporalidad ellos son modos del tiempo en su posibilidad de ser, pero son también modos del existencial del que da cuenta la memoria colectiva como la atestación de la memoria y el lugar de los antecesores, contemporáneos y sucesores. Esta variedad de posibilidades no las tuvo en cuenta el análisis del *Dasein* heideggeriano dedicado más al carácter individual de la preocupación y de la resolución anticipadora de la muerte propia sin instancias para reconocer a los allegados y a los vivos de otras épocas, no hay espacio para la memoria.

En este orden de la reflexión el pasado no está cerrado, requiere revisitar los sentidos y de no perder de vista la herencia del pasado transmitido a las generaciones venideras. Por ello, es en la relación de un presente de iniciativa que el pasado se abre en su sentido como reefectuación y resurrección y como el futuro se establece como horizonte de esperanza. Romper con el determinismo es enfrentar la fatalidad de los humanos que actúan y sufren en el tiempo.

Recapitulando, hasta este momento es claro que la dialéctica entre memoria e historia se presenta como una discusión indisoluble por cuanto, como lo plantea Daniel Cosc:

Podríamos apelar a un lugar común y parafrasear a Kant: la historia sin memoria es vacía, la memoria sin historia, ciega. La memoria es guardiana del pasado y por lo tanto matriz generadora de la historia. Pero la historia resultará ser el horizonte crítico y responsable para la memoria. El carácter “equivoco” del deber de memoria no solo resulta discutible sino que el propio Ricoeur lo relativiza, al afirmar que “incluso es posible que el deber de memoria constituya a la vez la cima del buen uso y el abuso en el ejercicio de la memoria. (Cosci, 2011, p. 37)

En la fenomenología de la memoria el recurso a los impedimentos de ella por su patologización se refiere al objeto perdido como analogía a los colectivos en los intersticios de la consideración de la muerte con sus ritos funerarios y en la relación de espacio y tiempo, por ello:

La noción de objeto perdido encuentra una ampliación directa en las “pérdidas” que afectan también al poder, el territorio, a las poblaciones que constituyen la sustancia de un Estado. Las conductas de duelo que se ponen de manifiesto desde la expresión de aflicción hasta la completa reconciliación con el objeto perdido, son ilustradas por las grandes celebraciones funerarias en torno a las cuales se reúne todo un pueblo. (MHO, 2010, p. 108)

Esta consideración de la vulnerabilidad de memoria en el plano colectivo se afirma como la posibilidad de establecer la atribución y no solo en el orden cognitivo sino existencia de los colectivos.

La transposición de categorías patológicas al plano histórico estaría más justificada si se llegase a demostrar que no se aplica sólo a las situaciones excepcionales evocadas más arriba, sino también que se deben a una estructura fundamental de la existencia colectiva. (MHO, 2010, p. 109)

Reflexión que lleva a considerar a Ricoeur el papel de las colectividades y de cómo se justifica este proceso analógico por cuanto que son constitutivas de la existencia colectiva.

En esta hipótesis que traslada a la intersubjetividad todo el peso de la constitución de las entidades colectivas, lo importante es no olvidar que sólo por analogía, y con relación a la conciencia individual y a su memoria, se considera a la memoria colecti-

va como una selección de huellas dejadas por los acontecimientos que afectaron al curso de la historia de los grupos concernidos, y se le reconoce el poder de escenificar estos recuerdos comunes con ocasión de fiestas, de ritos, de celebraciones públicas. (MHO, 2010, p. 157)

Es a la historia a la que le corresponde valorar el papel de la memoria colectiva, los procesos de rememoración y de crítica se realizan en una dialéctica propicia más allá de la fenomenología de la escuela interior de los recuerdos atrapados en la discusión entre la huella y su fantasma.

Este tipo de entronización no puede dejarnos indiferentes, en la medida en que la historia no puede pretender apoyar, corregir, criticar, incluso incluir la memoria más que bajo la forma de la memoria colectiva. Ésta constituye la contrapartida apropiada de la historia. (MHO, 2010, pp. 157-158)

Por ello es a la historia la que sopesa el papel de la imaginación tanto reproductiva como productiva, la mediación imperfecta de los esquemas de variación imaginativa y la manera como se establece los procesos de escritura con toda la posibilidad de representancia del pasado. “A este respecto, la historia proporcionará esquemas de mediación entre los polos extremos de la memoria colectiva” (MHO, 2010, p. 172). Representancia que permite abordar el objeto propio de la historia “se reconoce en el hecho de que el vínculo social y los cambios que afectan al vínculo social son considerados como el objeto pertinente del decir histórico” (MHO, 2010, p. 287).

El juego de escalas entre lo micro y lo macro del tiempo y el espacio desafía a establecer una visión de conjunto “Si se ha podido reprochar a la macrohistoria proceder, sin regla reconocida, de la larga duración a las duraciones subordinadas. ¿Posee la microhistoria argumentos para decir que retoma el proyecto de la historia total, pero visto desde abajo?” (MHO, 2010, p. 285). El vínculo social y sus prácticas dan cuenta de la variedad de experiencias y de identidades de los colectivos, esta formulación que en Ricoeur toma cuerpo en la segunda parte de *La memoria, la historia y el olvido*, da dimensión a la discusión epistemológica.

De esta manera, una analítica de la historia es el camino para una crítica, pero se encamina a una política de la memoria.

El historiador asume la relación con el pasado desde un presente de investigación, sin embargo, los acontecimientos y su significado aparecen en la dialéctica de la repetición como permanencia en el pensamiento y con la posibilidad de refec-tuación, “La idea de ‘repetición’, entendida según la terminología de Heidegger como la ‘fuerza’ de lo posible” (MHO, 2010, p. 501). Las posibilidades de los otros en el tiempo pueden ser actualiza-das en los intersticios de la práctica historiadora como responsabilidad del ciudadano, por ello Ricoeur afirma:

Las consecuencias epistemológicas de esta conside-ración son muy importantes. Saber que los hombres del pasado formularon expectativas, previsiones, deseos, temores y proyectos, es fracturar el deter-minismo histórico introduciendo de nuevo retros-pectivamente la contingencia en la historia. (MHO, 2010, p. 500)

Romper con el determinismo nos coloca en las fronteras entre la crítica historiadora y la fide-lidad de la memoria. La repetición como reefec-tuación de la historia se inscribe en las posibilidades abiertas por la contingencia en la historia y del testigo como figura central de la historicidad en su despliegue ontológico, ético y político.

El testigo: el testimonio como fidelidad

En este apartado el testimonio es entendido como la capacidad de atestación de que algo ocurrió y por ello el testigo adquiere una figuración fide-nciaria y narrativa “el testimonio es, en un sentido, una extensión de la memoria, tomada en su fase narrativa” (Ricoeur, 2006, p. 23)⁶. Además de ter-ciar en la discusión sobre la marca y la huella por la intromisión de un quien el testigo que declara y reclama ser creído

⁶ Traducción propia: Le témoignage est, en un sens, une ex-tension de la mémoire, prise en sa phase narrative (Esprit, 2006, p. 23).

[...] el testimonio introduce una dimensión lingüís-tica ausente en la metáfora de la señal o de la marca, a saber, el discurso del testigo que cuenta lo que ha visto y requiere ser creído. [...] El enigma de la rela-ción de semejanza se sustituye por otro que quizá resulte menos intratable: el de la relación fiduciaria que constituye la credibilidad del testigo. (Ricoeur, 1999, p. 79)

La historia como saber de lo probable se introdu-ce como fiabilidad de dicho en contraste con la verificación de la prueba.

En el otro frente, el historiador sabe que su prue-ba depende de una lógica de la probabilidad antes que de la necesidad lógica. Aquí la probabilidad se refiere menos al carácter aleatorio de los aconteci-mientos que al grado de fiabilidad del testimonio y, en un efecto dominó, de todas las proposiciones del discurso histórico. (Ricoeur, 2000, p. 15)

Sometido al proceso de operación historiográfica “con el testimonio se abre un proceso epistemoló-gico que parte de la memoria declarada, pasa por el archivo y los documentos, y termina en la prue-ba documental” (MHO, 2010, p. 210). El archivo transforma el testimonio oral y pone en marcha el proceso de operación historiográfica, pero sin olvidar el papel activo de hacer historia

aquí subrayaremos los rasgos por los que el archivo constituye una ruptura respecto al rumor del tes-timonio oral. Pasa al primer plano la iniciativa de la persona física y moral que intenta preservar las huellas de su propia actividad; esta iniciativa inau-gura el acto de hacer historia. (MHO, 2010, p. 221)

La dimensión social del testimonio se juega tanto en la dimensión judicial de imputación e intencionalidades y de culpas como en la di-mensión funcionalista de fuerzas anónimas. El caso paradigmático que toma Ricoeur se refiere al Holocausto y el “debate entre historiadores”. “¿Es posible un tratamiento historiográfico de lo inaceptable? La principal dificultad proviene de la gravedad excepcional de los crímenes” (MHO, 2010, p. 433). De aquí que, en la distinción entre lo absoluto y el testimonio, Ricoeur recurra a

Nabert para distinguir el nivel de singularidad y de proyección del testimonio:

la actividad de testimoniar, entendida de este lado de la bifurcación entre su uso judicial y su uso historiográfico, revela entonces la misma amplitud y el mismo alcance que la de narrar en virtud del claro parentesco entre las dos actividades, a la que habrá que añadir enseguida el acto de prometer, cuyo parentesco con el testimonio permanece más oculto. (MHO, 2010, pp. 212-213)

La muerte en la historia nos conecta en términos de las generaciones y de la atestación del ser que somos, “esta certeza en el presente enmarca la atestación en el futuro y el testimonio en el pasado” (MHO, 2010, p. 475). Es una capacidad que en la antropología del *homo capax* se configura como poder hacer memoria, poder narrarse y poder esperar es, a su vez, “el vínculo entre futuridad y paseidad es garantizado por un concepto puente, el del ser deudor. La resolución anticipadora no puede ser más que asunción de la deuda que señala nuestra dependencia del pasado en términos de herencia” (MHO, 2010, p. 476). La vida en su sentido instituido como genealogía garantiza este aspecto dinámico y dialéctico entre presente, pasado y futuro. “Jules Michelet seguirá siendo el historiador visionario, que habiendo descubierto a Francia, quiso darle una historia; pero la historia de Francia es la de un ser activo y vivo” (MHO, 2010, p. 498).

Así, la muerte y el acto de escritura son procesos de duelo que como proceso colectivo y público permiten “considerar la operación historiográfica como el equivalente escriturario del rito social de la sepultura” (MHO, 2010, p. 480), que abre lugar a los vivos de hoy en un devenir ontológico que Ricoeur caracteriza como: “a la derivación en términos de grados decrecientes de originariedad y de autenticidad yo quisiera oponer la derivación en términos de condición de posibilidad existencial respecto al conocimiento histórico” (MHO, 2010, p. 484).

En la densidad temporal del testimonio se juegan los modos y las formas que toma la historia como relato y escritura, en la retórica de la imagen

y en la prueba documental cuenta con la semiótica como crítica de las representaciones, “este sería el regalo de la modernidad a la fenomenología —la hermenéutica tendría entre fenómeno histórico y fenómeno mnemónico, la pasarela de la semiótica de las representaciones del pasado—” (MHO, 2010, p. 511). Esta renovación de la significación y actualización del sentido de lo que aconteció se inscribe en los procesos de la memoria colectiva en una continuidad temporal generadora los procesos instituyentes de otras y otros modos de ser y hacer historia en la perspectiva de los vínculos y las identidades sociales, “corresponde entonces a la memoria colectiva principalmente con motivo de los grandes cambios y convulsiones, apuntalar las nuevas instituciones sociales ‘con cuanto se puede recuperar de las tradiciones’” (MHO, 2010, p. 519).

Es el olvido el tercer protagonista del texto de Ricoeur, en él se conjuga la profundidad y la manifestación como una dialéctica que permite reconocer el papel activo y significativo para la fenomenología de la memoria, “en efecto, el olvido propone una nueva significación dada a la idea de profundidad; el olvido propone, en el plano existencial, algo como una situación abismal, realidad que intenta expresar la metáfora de la profundidad vertical” (MHO, 2010, p. 541). En los límites corticales y de manipulación social y política de la memoria, el olvido como dimensión existencial de los individuos y las comunidades se presenta como incapacidad, pero a su vez como capacidad en un olvido de reserva que pone en perspectiva la historia del tiempo presente así:

la historia del tiempo presente es, a este respecto, el marco propicio para esta experimentación, en la medida en que ella misma se sitúa en otra frontera, aquella en la que se confrontan la palabra de los testigos aún vivos y la escritura en la que se recoge ya las huellas documentales de los acontecimientos considerados. (MHO, 2010, p. 583)

Son los sobrevivientes los que ponen en contradicción en toda su dimensión el carácter fiduciario del testimonio y de la capacidad crítica de la veracidad de la historia. Por ello la fidelidad al pasado como deseo compromete las esperanzas y las

expectativas de las comunidades en un proceso abierto y no clausurado en donde

la fidelidad al pasado no es un dato sino un deseo. Como todos los deseos, puede frustrarse, o incluso ser traicionado. La originalidad de este deseo es que consiste, no en la acción, sino en la representación retomada en una serie de actos de lenguaje constitutivos de la dimensión declarativa de la memoria. (MHO, 2010, p. 644)

En la dialéctica entre memoria e historia queda claro su interdependencia de manera contundente, como lo afirma Ricoeur:

La historia puede ampliar, completar, corregir, incluso refutar, el testimonio de la memoria sobre el pasado, pero no puede abolirlo. ¿Por qué? Pensamos que la memoria sigue siendo el guardián de la última dialéctica constitutiva de la paseidad del pasado, a saber, la relación entre el 'ya no' porque señala su carácter originario y, en este sentido, indestructible. (MHO, 2010, p. 648)

El testigo, el testimonio, nos remiten a los otros del pasado por ello “¿no es la ilusión de todo historiador llegar, detrás de la careta de la muerte, al rostro de los que existieron en otro tiempo, actuaron y sufrieron e hicieron promesas que dejaron sin cumplir?” (MHO, 2010, p. 649). Pregunta que nos abre el espacio de discusión política de una antropología de la historicidad que permite, más allá de las disputas epistemológicas, abrir el horizonte de expectativas propias de la temporalidad en la que existimos como personas y comunidades en el tiempo. Dialéctica que no se dirime el ámbito del conocimiento experto, sino que pone en juego al ciudadano lector:

queda así abierta la pregunta de la competencia entre memoria e historia en la representación del pasado. A la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado como habiendo sido, aunque ya no lo es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás.

Entre el voto de fidelidad de la memoria y el pacto de verdad en historia, el orden de prioridad es imposible de decidir. El único habilitado para ello es el lector, y en el lector, el ciudadano. (Ricoeur, 2000, p. 27)

Ricoeur es más enfático en esta relación entre historia y memoria. En cuanto al deber de memoria es bastante crítico y se separa del afán memorialístico y establece los puentes críticos entre un deber y un trabajo de memoria, en la conferencia Marc Bloch dictada unos meses antes de la aparición de *La memoria, la historia y el olvido*:

finalmente y sobre todo, porque se tiende fácilmente hoy a apelar al deber de memoria con el propósito de perturbar el trabajo crítico de la historia, corriéndose el riesgo de cerrar una memoria dada de una comunidad histórica dada sobre su desgracia singular, dejándola pegada al papel de víctima, desarraigándola del sentido de justicia y equidad. Es por ello que les propongo hablar de trabajo de memoria y no de deber de memoria. (Ricoeur, 2000, 10)

Así, el trabajo de memoria es un proceso atravesado por el instrumental crítico de la historia, no pierde la capacidad de atestación por la fidelidad de la vivencia del pasado, pero no logra romper con la sospecha de veracidad. Movimiento de ida y vuelta con la emergencia de un tiempo que tiene como consecuencia abrir el horizonte de la ética y la política de la historicidad:

pero una memoria sometida a la prueba crítica de historia ya no puede pretender ser fiel sin pasar por la criba de la verdad. Y una historia, introducida de nuevo por la memoria en el movimiento de la dialéctica de la retrospectiva y del proyecto, tampoco puede separar la verdad de la fidelidad vinculada después de todo a las promesas incumplidas del pasado, pues tenemos primordialmente una deuda que saldar con ellas. (Ricoeur, 1999, p. 52)

Referencias

Cassarotti, E. (2008). *Paul Ricoeur: una antropología del hombre capaz*. Universidad Católica de Córdoba.

- Cosci, L. (2011). Caminos de rememoración. La memoria y la construcción del conocimiento histórico en la hermenéutica de Paul Ricoeur. *Cifra*, 6. <http://fhu.unse.edu.ar/carreras/rcifra/danielcosci.pdf>
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos.
- Lythgoe, E. (2012). Paul Ricoeur, pensador del testimonio histórico. *Revista de Filosofía*, 37(1), 107-122. <https://doi.org/10.5209/rev.RESF.2012.v37.n1.39299>.
- Lythgoe, E. (2016). Consideraciones sobre la relación historia-memoria en Paul Ricoeur. *Revista de Filosofía*, 60, 79-92. <https://revistafilosofia.uchile.cl/index.php/RDF/article/view/43597>
- Ricoeur, P. (1999a). *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*. Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999b). *La lectura del tiempo pasado*. Arrecife.
- Ricoeur, P. (2000). Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado. <http://elsolardelasartes.com.ar/pdf/658.pdf>
- Ricoeur, P. (2001). *La metáfora viva*. Trotta.
- Ricoeur, P. (2006). *Hegel aujourd'hui*. Esprit.
- Ricoeur, P. (2008). *Fe y filosofía*. Prometeo.
- Ricoeur, P. (2010). *La memoria, la historia, el olvido*. Trotta.